

Distribución del Poder en Tres Etapas de la Vida de la Pareja

Noemí Díaz-Marroquín,
Graciela Rodríguez-Ortega,
Roberta Liliana Flores-Angeles

Universidad Nacional Autónoma de México

Compendio

Estudio de caso de una pareja de una colonia popular de la Ciudad de México/MX, con 58 años de matrimonio y 14 hijos. Después de un trabajo terapéutico de más de un año desde el enfoque de la Terapia Familiar Feminista se ofrece un análisis de las fluctuaciones en las concentraciones de poder en la pareja a lo largo del ciclo de vida de la familia. Se articula el análisis con una reflexión teórica sobre el ciclo vital de la familia, género y poder. Se concluye con la importancia de que en el proceso terapéutico en la vejez, se revisen los roles de género y la distribución del poder, para que afloren conflictos no resueltos y la posibilidad de solución.

Palabras clave: Relación de pareja; Vejez; Género; Poder.

Distribution of Power in Three Stages of a Couple's Life

Abstract

This is a case study of a couple from a working class neighborhood in Mexico City/MX that has been married for 58 years and has 14 children. After therapeutic work of more than a year from the perspective of Feminist Family Therapy, an analysis of fluctuations in concentrations of power in the couple throughout the family's life cycle are analyzed in three stages. The analysis is articulated with a theoretical reflection on the life cycle of the family, gender, and power. It concludes with the importance to review, during the therapeutic process in old age, gender roles and distribution of power to bring unresolved conflicts to the surface, and offer the possibility of finding a solution.

Keywords: Couple relationship; Old age; Gender; Power.

La familia es un sistema vivo y dinámico que atraviesa por distintas etapas que se van sucediendo cíclicamente unas a otras, no necesariamente ligadas a las edades de la pareja ni en una lógica lineal sino yuxtaponiéndose (Eguiluz, 2007). Para Carter y McGoldrick (1980) las etapas van siendo marcadas por la juventud, la formación de la pareja, seguida por la familia con hijos pequeños, la familia con hijos adolescentes, la partida de los hijos del hogar y la pareja en la última etapa. Cada una de éstas representa cambios en las familias generando una crisis, por tanto demandan un proceso de transformación y adaptación en el que se ajusten las reglas de relación, de tal manera que, en términos generales, cuando hay dificultades para superar una etapa del ciclo vital aparece un síntoma. De esta manera, en el caso de la vejez, a medida que los padres envejecen, los hijos empiezan a cuidar de ellos, obligando a los miembros de la familia a adaptarse en forma continua a cambios en su relación a lo largo de los años (Haley, 1980). Tener en cuenta el ciclo vital de la

familia y las crisis por las que atraviesa da información valiosa a la hora de trabajar en contextos terapéuticos, sin embargo no es suficiente sino que es importante ver además cómo se representan el género y el poder en las relaciones familiares.

En cuanto a las relaciones de género, se parte de la idea de que el género es una diferenciación cultural de la diferencia anatómica sexual y un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales sobre el ser hombre y ser mujer. Quedar asignadas o asignados a un género o al otro es el resultado de un proceso psicológico, social y cultural que cada sociedad define y marca como característico de cada uno; de esta forma, se les asignan a los hombres y a las mujeres un conjunto de obligaciones, prohibiciones, atributos sociales, eróticos, psicológicos y políticos como si fueran hereditarios, predeterminados e inmodificables (Lamas, 2001). En este sentido las identidades femeninas y masculinas se construyen social y culturalmente como *complementarias, excluyentes y desiguales*. Son complementarias porque las funciones de cada uno requieren de la otra mitad, son excluyentes porque los atributos esperados en uno no son deseables en el otro y son desiguales porque se le otorga superioridad a las características masculinas sobre las femeninas (Calveiro, 2003).

¹ Dirección: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología, Av. Universidad, 3004, Col. Copilco – Universidad, C. P. 04510, Del. Coyoacán, México, DF. E-mail: rodrigue@servidor.unam.mx

Sin embargo, aún cuando el género parece inamovible, la historia familiar – y social – muestra que cada una de las etapas por las que pasan las familias produce acomodamientos en las posiciones de cada miembro y por tanto las relaciones de género se ven trastocadas. Por ejemplo, cuando se toma en cuenta que los roles dentro de la pareja se articulan con la maternidad y la paternidad, puede verse que la evolución familiar alcanza un punto clave en el momento en que los hijos adquieren independencia y autonomía. Que la crisis de la salida de los hijos del hogar suele ser más difícil para las madres, especialmente para aquellas que hicieron del cuidado de los hijos su función primordial y sentido de vida; en caso contrario, cuando los hijos no dejan el hogar, pueden seguir siendo éstos el eje primordial de su vida y trabajo, e incluso representan una posibilidad de protección para ellas, en el plano económico o contra la violencia conyugal (Carter & McGoldrick, 1980; Módena & Mendoza, 2001). En el mismo orden de ideas, el retiro laboral de uno o ambos miembros de la pareja provoca cambios en la rutina, horarios, actividades y en la economía familiar, lo que genera una nueva crisis que se vive de manera muy distinta para el hombre o la mujer con roles de género estereotipados, provocando un importante desajuste en la pareja. Para los individuos que se retiran, en especial para los hombres en nuestra sociedad, hay una pérdida del significado de su rol como proveedor, de las fuentes de satisfacción y de las relaciones laborales que han sido centrales a lo largo de su vida. Asimismo, el rol de proveedor puede verse afectado mayormente cuando los montos de las jubilaciones son bajos. Las mujeres por su parte suelen experimentar menos dificultades ante la pérdida de su propio trabajo, sobretodo si han mantenido como rol principal el de ama de casa (Calasanti, 2004; Carter & McGoldrick, 1980; Módena & Mendoza, 2001).

Ahora bien, además de la categoría de género se ha hablado del poder como otro elemento fundamental a considerar en el análisis del ciclo vital de la familia. Pero, ¿Qué se está entendiendo por poder? El poder es una relación [de fuerza que implica resistencia] entre parejas, sean individuales o colectivas: si no hay al menos dos, el poder no existe (García-Canal, 2002). Según Foucault, (1979, p. 97) es el resultante del juego de relaciones sociales dinámicas y no igualitarias que se reproduce a través de un discurso de verdad que se impone mediante el derecho, la educación y la familia, disciplinando los comportamientos individuales en cuanto a la forma de educar que es considerada como normal. Produciendo cierta manera de ver al mundo, una determinada mentalidad, que hace que se reproduzca una determinada relación de poder.

De esta manera, cuando la pareja llega a la etapa de la vejez, tal como se dijo antes, se encuentra en un momento crucial de reacomodos en las posiciones de todos

los miembros de la familia, marcados por la edad adulta de los hijos, la vejez de los padres – muchas veces acompañada de un declinamiento físico o deterioro de la salud – y el replanteamiento de los roles materno y paterno. No obstante, esta última etapa no puede verse de manera aislada, sino como un punto nodal en el proceso de la pareja. Es decir, se deben tomar en cuenta las vicisitudes en la historia de la pareja, donde las transiciones por las que han pasado el género y el poder en las relaciones familiares juegan un papel determinante (Calasanti, 2004). En el caso de familias construidas en culturas patriarcales, este proceso se encuentra atravesado por una serie de creencias y prácticas en los miembros de la familia, y de la pareja en específico, compartidas y avaladas socialmente, mismas que a continuación se expondrán.

Se piensa que los grupos son eficaces cuando siguen a un jefe, haciendo una atribución de características “innatas” tanto a los jefes o dominadores como a subordinados, favoreciendo a aquellos. Se cree que los primeros son más racionales y tienen control sobre sus emociones, lo cual los hace “superiores”, capaces de conducir al grupo y con derechos sobre los demás. El jefe debe mostrar y ejercer su autoridad ante lo que los subordinados le deben obediencia sin disentir, para no poner en riesgo al grupo ya que éste está por encima de los intereses individuales. Bajo este sistema de creencias se concibe al hombre como el jefe y a la mujer se le piensa subordinada al varón. Se asignan papeles deseables y esperados a unos y otras bajo la creencia de que este estado de las cosas traerá satisfacción y bienestar para todos. Todo lo anterior no se hace a través de mandatos explícitos, sino que hay un permanente gasto de energía para evitar planteamientos que hagan evidente la desigualdad (Ravazzola, 1997; C. Sáez, 1990).

Para Ravazzola (1997) algunas prácticas que se derivan de estas creencias por parte de la persona con mayor jerarquía pueden ser: suponerse dueño de los subordinados; no desarrollar actitudes empáticas y considerar las necesidades propias como primordiales; sentirse responsable de las acciones de los subordinados y por tanto controlar su conducta mediante la disciplina; considerar al padre como el “real jefe de familia” y delegar en la mujer la responsabilidad del cuidado, los vínculos y las personas; guardar distancia emocional e impedir la intimidad en las relaciones para evitar perder poder.

Sin embargo desde la perspectiva de Foucault (1979) y Bourdieu (2000), la relación del hombre frente a la mujer no se puede entender como un vínculo de poder-no poder, sino como una serie de relaciones de uno frente al otro que generan y concentran diferentes formas de ejercicio de cada uno y que encuentran invariablemente formas de resistencia que se le oponen.

En principio, el poder del hombre es abierto, cuenta con el aval social, aparece fundamentalmente en la apropiación de los espacios públicos y se reproduce en el interior de la familia en forma de abusos y violencia. No obstante, en las relaciones de poder que se establecen a partir de jerarquías asimétricas, ni dominados ni dominadores se percatan de las ataduras y los costos que el sistema les representa. Los dominadores no pueden contemplar que la posición de privilegio que ocupan es paradójica, debido a que las ventajas que implica conllevan al mismo tiempo conductas autodestructivas y nocivas para los demás (Calasanti, 2004; Rivera, 1992).

Por otra parte, el poder de la mujer resulta menos visible, ocurre en un marco de subordinación social de género y se manifiesta dentro del hogar, a través de los vínculos afectivos con los hijos en el cumplimiento de sus funciones maternas. El poder subordinado siempre es subterráneo y evasivo como forma de preservación y de crecimiento, se acata la ley en apariencia, pero se transgrede en forma velada. En este sentido, desde la posición femenina se busca equilibrar el poder del hombre en forma lateral creando fisuras en donde se abran espacios inaccesibles para éste, por ejemplo, a través de las alianzas y el fortalecimiento de los vínculos afectivos con los hijos (Calveiro, 2003). De tal suerte que en el cambio incesante de posiciones, a lo largo del ciclo de la familia, encontramos redes en donde se concentra en mayor o menor grado la potencia de cada uno.

Se ha hablado hasta aquí de cómo el ciclo vital de la familia se hace más complejo cuando se da cuenta de las relaciones de poder y de género que se van dando a lo largo del mismo y que por tanto se van modificando según la etapa en la que se encuentra la familia. Sin embargo, dado que estas relaciones de poder y género son construcciones sociales, no pueden analizarse, aún en el ámbito clínico, sin tomar en cuenta el contexto social en el que se producen. Así, para el caso que se presenta en este trabajo vale la pena mencionar la forma en que la familia se inserta en una estructura social, formando parte de un engranaje donde los procesos sociales, económicos y políticos participan en su transformación. El siglo XX ha sido particularmente importante en estos procesos, y ha generado debates en torno a las relaciones de género que se producen globalmente (Salinas, 2007). Por ejemplo, México (MX) al igual que las economías latinoamericanas que habían estado orientadas hacia el mercado interno, en la década de los ochentas debido a la crisis de deuda externa, incorporaron reformas orientadas al mercado internacional (H. Sáez, 2008). En forma paulatina este proceso, junto con el de globalización fueron potenciado la modernización del espacio íntimo, trayendo consigo un cuestionamiento de la masculinidad autoritaria y la

familia nuclear patriarcal, por perpetuar ésta última la inequidad, limitar la autonomía, la diversidad y las relaciones democráticas al interior de la familia (Salinas 2007). Ligado a lo anterior, los avances en el área de salud y su incorporación en las políticas públicas, han propiciado igualmente cambios en la estructura familiar en América Latina, al aumentar la esperanza de vida en la población, lo que ha generado una mayor presencia de personas adultas y ancianas en el hogar, alargando la vida de pareja, que en ausencia de divorcio o separación puede llegar a ser de más de 40 años (López, 2000). De esta manera, en la actualidad, las parejas latinoamericanas en la etapa de vejez, participan en mayor o en menor medida, de los cambios vinculados a las relaciones de poder y género, y muestran cómo a lo largo de la vida en la pareja las relaciones de género son dinámicas, al igual que lo son fuera del sistema familiar.

Sin embargo, aún con estas transformaciones, estudios hechos en América Latina (Módena & Mendoza, 2001; Salinas, 2007) muestran que aunque los hombres, desde los más jóvenes hasta los ancianos, consideran positivas las demandas de equidad de las mujeres, en la vida cotidiana no se advierten cambios significativos en cuanto a las responsabilidades del ámbito doméstico y de la crianza de los hijos, que siguen siendo prioritariamente asignadas a las mujeres y que constituye la razón de ser de la unión matrimonial. Asimismo, la carga económica continúa siendo fundamentalmente responsabilidad de los hombres. De esta manera, a lo largo del ciclo de vida, la forma en que van transformándose estos roles, se convierten en decisivos para los movimientos de la jerarquía dentro de la familia, y en especial en la vejez requieren ser analizados a través de la historia de la vida de la pareja para comprender su situación actual.

Como puede verse, estos temas demandan de los profesionales de la salud nuevas formas de ver las problemáticas a las que les enfrenta la práctica profesional y por tanto de estrategias de intervención. Se considera que la Terapia Familiar Feminista es el abordaje teórico idóneo para trabajos como el que aquí se presenta debido a que permite, entre otras cosas, encuadrar la intervención que se realiza con parejas desde la perspectiva de género, alertar sobre el riesgo de reproducir las inequidades sociales entre hombres y mujeres en la práctica terapéutica y hacer énfasis en que los roles de género son determinantes en la estructura y funcionamiento de las familias (Goodrich, Rampage, Ellman, & Halstead, 1989).

Se coincide con Bryan (2001), en que la Terapia Familiar Feminista no consiste en una serie de técnicas sino en un punto de vista político y filosófico que produce una metodología terapéutica, que amplía y transforma el contexto de los problemas presentados por la familia. De esta forma, este abordaje terapéutico permite: poner

al género y al poder como temas centrales de la práctica terapéutica; enmarcar el problema de la familia desde una perspectiva sociocultural; reconocer la desigualdad social de la mujer y las razones de la misma y cuestionar la supuesta complementariedad de funciones en la pareja, porque en la práctica ésta es inequitativa (Ravazzola, 1997). Es decir, permite poner en evidencia que “no puede haber una verdadera complementariedad de las relaciones humanas si los antecedentes de esas relaciones están mal balanceados en términos del acceso a las oportunidades y el poder en lo social, legal, político y económico” (Walters, Carter, Papp, & Silverstein, 1991, p. 39).

Asimismo, permite comprender que las asimetrías de poder estructuran las relaciones entre los géneros y que el género siempre se entrelaza con otras categorías como la clase social, la edad, el grupo étnico, etc., así como con el contexto social más amplio para producir subjetividades social e históricamente construidas (Ramos, 2002). Algunos temas a tratar en la Terapia Familiar Feminista son la identificación de los mandatos de género recibidos en la familia de origen, hacer explícitas las desigualdades jerárquicas, el manejo del poder y del control en la relación de pareja, la responsabilidad de cada uno por su conducta, el reconocimiento de que los roles masculinos también tienen un costo emocional, el impacto de los roles de género en la relación con los hijos y el papel que juegan los hijos en las alianzas de poder y resistencia.

Por esta razón, el presente estudio busca poner en evidencia que dentro del contexto terapéutico de pareja, cuando ésta decide continuar unida, en la etapa de la vejez se buscaría facilitar una mejor calidad de vida y mayor bienestar emocional en sus miembros, tarea que no sería posible sin antes analizar las fluctuaciones del poder y el género a lo largo de la vida familiar.

Método

Contexto

El caso que se presenta es el de una pareja, Mario y Guadalupe (seudónimos) que pertenece a un nivel socioeconómico bajo y es habitante de una colonia popular de la ciudad de México/MX. Ésta, junto con otras colonias cercanas, fue formada por grupos de migrantes de otros estados de la República, de origen principalmente indígena, que se asentaron en terrenos irregulares de lo que en aquel entonces era la periferia de la ciudad. Las familias originarias fueron creciendo y por lo general heredaron en vida a sus descendientes, de tal forma que ahora, es común encontrar familias extensas en un mismo espacio, por lo general de manera patrilocal; sus principales ocupaciones son el comercio pequeño o actividades de economía informal. La escolaridad promedio es de educación primaria o secundaria y un 90% de sus habitantes son de religión católica. La pareja

llegó de una zona rural en 1952 siendo de los fundadores de estas colonias.

Participantes

Mario es un hombre de 77 años de edad, con estudios de primaria y jubilado como técnico en el mantenimiento de aviones. Guadalupe, por su parte, cuenta con 75 años de edad, con estudios de primaria y su ocupación ha sido como ama de casa. Al inicio de la terapia refirieron tener 58 años de matrimonio en el que criaron 14 hijos. Relatan que cuando llegaron a la ciudad él entró a trabajar al aeropuerto donde fue aprendiendo paulatinamente su oficio y escalando puestos, mientras que ella se dedicó por completo al trabajo doméstico y la crianza. Los hijos nacieron cada 2 años aproximadamente y el padre era el único sustento económico, viniendo de otro estado no tenían red familiar de apoyo.

La pareja es atendida por un periodo de un año en un Centro Comunitario al que acuden para solicitar servicio terapéutico debido a que los 3 hijos menores sufren drogadicción severa; solicitan la ayuda para orientar a éstos. En la Figura 1 puede verse el familiograma.

Procedimiento

Se realizan 30 sesiones de terapia de pareja, el trabajo se lleva a cabo por un terapeuta, una coterapeuta y un equipo observador, bajo la perspectiva de la Terapia Familiar Feminista.

Como ya ha sido mencionado, los participantes acuden de manera voluntaria a solicitar el servicio. En la primera entrevista se realiza un consentimiento informado con base en el marco ético de la investigación; del mismo cabe resaltar que se notifica sobre la forma de trabajo, la solicitud de autorización para grabar las sesiones y la utilización del material con fines de investigación, resguardando siempre la identidad de los participantes. Al término de las sesiones el producto de las grabaciones se analiza por el equipo de trabajo en el que no sólo se pone atención al discurso sino también al lenguaje corporal.

Mario y Guadalupe. El caso

Desde el momento de la primera entrevista comienzan a esbozarse las posiciones de género que han asumido en la pareja, ya que es Mario quien solicita ayuda para él y su esposa y ante la pregunta de “¿Cuál es el problema?”, él responde que están muy preocupados porque 3 de sus 14 hijos tienen problemas de drogadicción y alcoholismo, al recabar los datos sobre el familiograma, Guadalupe es quien proporciona los nombres, edades, estado civil y demás datos sobre sus 14 hijos, Mario dice desconocer tal información “porque ella es la madre y se ha encargado de los hijos”.

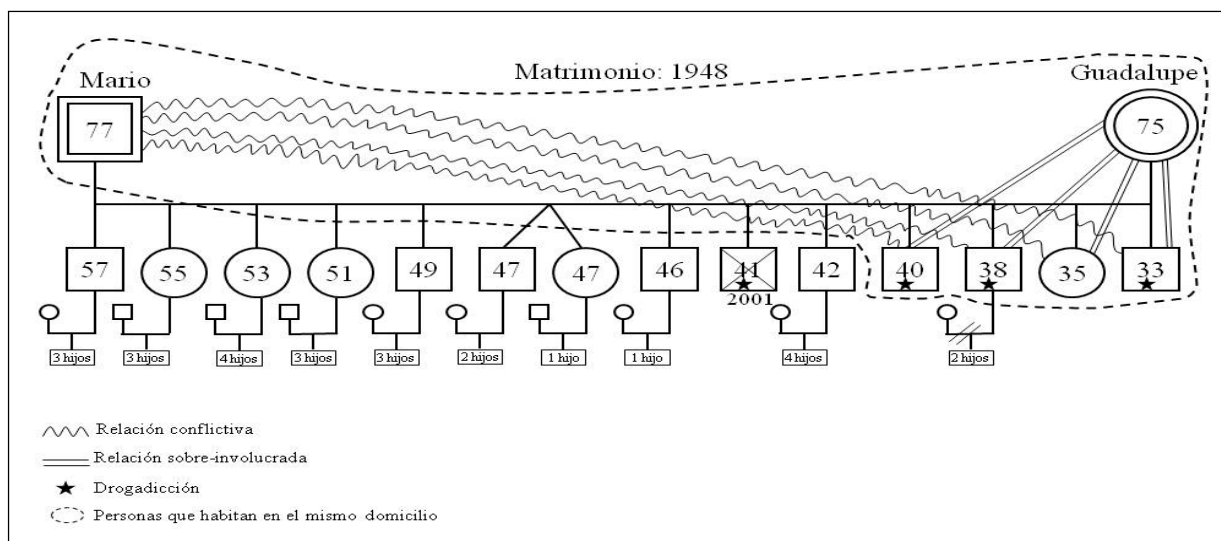


Figura 1. Familiograma

Historia de la pareja

Familia de Origen. Mario nace en una familia pobre en una zona rural, es el mayor de 2 hermanos, cuando tiene 3 años su papá los abandona y no vuelve a tener contacto con él, no lo recuerda. La imagen de padre que guarda es la de su padrastro quién empieza a vivir con su mamá cuando él cuenta con 5 años. Mario cuenta: “conmigo se desquitaba de todo, me pegaba muy feo, sin razón, sobretodo cuando se emborrachaba, a mi mamá también la golpeaba, pero más a mí, nunca recibí cariños ni orientación”. Tiene un recuerdo de una infancia infeliz, con carencias económicas y emocionales. En cuanto pudo se salió de la casa e ingresó al ejército, ahí aprendió a valorar la disciplina, la obediencia, la rigidez y a controlar las emociones.

Guadalupe nace en una familia pobre en una zona rural, su madre muere cuando tiene un año, y la llevan a vivir con una tía soltera quien se convierte en su madre sustituta. Relata que tiene la imagen de una infancia tranquila y feliz, con una tía rígida que no expresa afecto en forma abierta, pero de la que Guadalupe guarda un buen recuerdo.

El Matrimonio y la División de Roles en la Pareja. Mario de 20 años y Guadalupe de 18 años se casan mientras él está en el ejército, viven en el pueblo del que es originario Mario, ahí procrean a los 3 primeros hijos. Guadalupe habla de estos años como muy difíciles para ella porque él “era muy duro” “quería que los niños y yo le obedeciéramos sin chistar”, “las cosas eran siempre como él decía, yo no podía ni hablar”, revisaba con detenimiento la limpieza y orden en la casa y si encontraba “alguna falta” “se enojaba mucho, aventaba y rompía cosas” los regaños y castigos eran de acuerdo a la ley que Mario marcaba. Guadalupe le tenía miedo, se sometía y esforzaba para cumplir con las órdenes.

Mario deja el ejército, se mudan a la ciudad de México/MX, él ingresa como trabajador de limpieza en el aeropuerto. Guadalupe se centra en la crianza, relata que en estos años se fue adaptando al autoritarismo de Mario, lo veía poco: “después, ya me acostumbré, y me dediqué a mis hijos, como él nunca estaba... siempre he platicado mucho con ellos, me cuentan sus cosas.” Ella marcaba dos tipos de reglas: unas cuando el padre no estaba en casa, otras cuando él llegaba. Mario relata que desconocía esta situación, siempre creyó que sus órdenes se cumplían a cabalidad, señala que siempre se consideró un buen padre: trabajador, no bebía, no golpeaba ni a su mujer ni a sus hijos:

Esas eran las creencias de antes, del machismo y esas cosas, en ese entonces el hombre estaba acostumbrado a ser como era, mi esposa y mis hijos me respetaban... yo nunca les dije una palabra de cariño a mis hijos, a ninguno, menos un abrazo o un beso, eso no se acostumbraba.

Él expresa sentirse arrepentido de haber estado tan distante de su familia, creía que su única responsabilidad era mantenerlos por lo que se concentró en el trabajo, con largas jornadas laborales, su mundo giró alrededor de éste y en el trabajo encontró reconocimiento, afectos y un sentido de vida. Al llegar a casa no hablaba con nadie:

Me encerraba en mi cuarto a dormir, no sabía ni que pasaba, ni me interesaba, si Guadalupe me quería contar algo, la callaba y le decía que me dejara descansar, que ella lo arreglara. Es que trabajaba mucho, llegaba muy tarde y tenía que levantarme muy temprano, es un trabajo de mucha presión, en los aviones no se puede fallar.

Los Hijos. Los hijos mayores se fueron incorporando desde jóvenes al mercado laboral, además de ser un apoyo económico, estrecharon los lazos emocionales con la madre y se dividieron funciones parentales, formaron

entre ellos una red familiar, el padre como máxima autoridad, la madre como autoridad interna, el primogénito como hijo parental, y dividido el orden jerárquico por género y edad.

Los hijos mayores fueron abandonando el hogar, hubo un nuevo reacomodo, los cinco menores ya no contaban con la contención y apoyo cotidiano de los hermanos, las reglas cada vez más rígidas del padre chocaban con una nueva realidad social. Cuatro de ellos se hicieron adictos a las drogas, ocultaban esta situación a Mario, Guadalupe por su parte les daba dinero y no exigía responsabilidades de su parte.

El Momento Crucial: La Vejez. A raíz de la jubilación Mario se da cuenta de la relajación de la disciplina y aumenta la rigidez de las normas, lo que agrava los conflictos entre él y los cinco hijos que aún viven en casa, los enfrentamientos son continuos en la pareja. Mario relata un ejemplo, “si les marco a mis hijos una hora para llegar a la casa por la noche, Guadalupe dice que ellos son adultos y pueden llegar a la hora que quieran.” Mario ha sido un padre ausente emocionalmente que no tiene un lugar en esta nueva etapa de la vida familiar.

Un evento crítico para esta pareja, fue la muerte de su hijo Josué por drogadicción, Mario relata llorando que murió en la calle, lo había “corrido” de la casa para poner medidas disciplinarias severas que lo hicieran recapacitar, ha vivido desde ese día con una gran culpa, Josué un día antes de morir le pidió perdón, el padre lo rechazó y le dijo “yo no soy nadie para perdonarte, que te perdone Dios.”

Guadalupe por su parte le daba comida, dinero y le permitía estar en la casa “a escondidas de su papá”, “él no entiende, siempre ha sido muy duro, sus hijos no se le acercan, yo creo que piensan que no los quiere”, refiriéndose a su esposo. Mario relata que en el sepelio de Josué, Guadalupe le dijo que era su culpa, que nunca estaba, que a los hijos les faltó la mano firme del padre.

Él le pide perdón a Guadalupe: “Siempre te he querido . . . perdóname por lo que te hice sufrir, por favor, no era mi intención.” Guadalupe, por su parte se muestra fría y distante y responde “yo no tengo nada que perdonarte [volteando hacia otra parte y con actitud de enfado] yo soy feliz con mis hijos.” Él suplica comprensión y apoyo: “me duele mucho que me rechaces, cuando me quiero acercar hasta me empujas”. Por su parte ella muestra rechazo y resentimiento por tantos años de soledad y sufrimiento: “eso debió haber sido antes...ahora ya viejos ¿para qué?... cuando lo necesité no estuvo”, expresa dirigiéndose a la terapeuta. Mario lamenta comprender hasta ahora los errores que cometió “yo no me daba cuenta del daño que les hacía [refiriéndose a su esposa e hijos], ojalá hubiera sabido antes, ahora es demasiado tarde.”

Análisis

En la historia de esta pareja se puede ver, tal como lo muestra la literatura (Calveiro, 2003; Carter & McGoldrick, 1980; Goodrich et al., 1989; Haley, 1980), que en las diferentes etapas del ciclo vital las relaciones de poder se van transformando, que la llegada de los hijos, el crecimiento de ellos, y la vejez en la pareja, implican la interacción de diferentes fuerzas dentro del sistema familiar. Si en una primera etapa la resistencia al poder hegemónico del padre era velada, en la vejez la mujer manifiesta en forma abierta el rechazo y oposición al marido, es ahora ella la que tiene mayor poder en la relación y él quién busca un mayor equilibrio. A continuación se explica cada una de estas etapas y la forma en que las relaciones de poder fueron cambiando.

Primera etapa: la familia con hijos pequeños

En la relación de pareja de Mario y Guadalupe se llevan al extremo los roles de género, el estereotipo es rígido, él se encarga del mundo público y es el proveedor; ella del mundo doméstico, dedicada con exclusividad al ámbito privado; como puede verse, tal como lo dice Calveiro (2003), sus identidades se constituyen como complementarias, lo cual puede comprenderse si se toma en cuenta el momento histórico, el contexto y las circunstancias en las que construyen su sistema familiar.

De acuerdo a los planteamientos de Ravazzola (1997) tanto Mario como Guadalupe compartieron las ideas, creencias y prácticas típicas de los sistemas con marcada desigualdad de poder. Mario ha tenido muy claro que no va a ser un padre *abandonador* (como el propio), ni a repetir las conductas de su padrastro: golpear y emborracharse. Encontró en el ejército una estructura autoritaria y rígida que le daba contención y guía de conducta. Se consideró siempre como la persona que estaba a cargo de la familia, imponía órdenes estrictas y esperaba ser obedecido, no podía ser de otra manera, refiere, los “otros”, esposa e hijos, pertenecían a un rango inferior, no estaba permitido objetar, ni opinar, “era por el bien de todos”. El control era férreo, para que como en el ejército, se ganara la batalla.

Guadalupe por su parte, estaba subordinada y sometida a las órdenes y mandatos de Mario en un claro modelo autoritario, aprendió a ser incondicional y a dar valor a las necesidades de otros, la maternidad y la crianza le dieron sentido a su vida, volcándose afectiva y funcionalmente en los hijos; los veía como una inversión, el hogar y los hijos eran una fuente de reforzamiento y de cierto equilibrio ante el poder apabullante de Mario. Cuando los hijos estaban pequeños, estaba en una posición de dependencia y desventaja frente al

marido, tenía que dedicarse totalmente a los niños, sin embargo de este esfuerzo obtendría “ganancias”, funcionó como una estrategia de resistencia a largo plazo (Calveiro, 2003).

Segunda etapa: la familia con hijos adultos

En una familia tan numerosa (14 hijos), las etapas del ciclo vital se traslapan: mientras unos eran adultos, otros estaban en la adolescencia o eran pequeños. Los hombres adultos trabajaban y ayudaban al sostenimiento de la familia, las mujeres mayores cuidaban de los hermanos; muy en concordancia con las creencias y prácticas que la pareja había establecido alrededor de las relaciones de género y la distribución de poder (Módena & Mendoza, 2001; Ravazzola, 1997; C. Sáez, 1990).

Mario mostraba una distancia emocional en las relaciones (Calasanti, 2004; Ravazzola, 1997; Rivera, 1992), no se permitía expresiones de afecto con su familia, las consideraba muestras de vulnerabilidad. El aislamiento y el silencio fueron las conductas que le permitían mantener la distancia emocional requerida para no perder poder y ser temido:

Varios de mis hijos trabajaron conmigo en el aeropuerto, yo les enseñé el oficio, eran como mis alumnos, ahí platicábamos mucho del trabajo, pero al llegar a la casa ya no hablábamos, nunca les preguntaba ¿cómo te sientes? o ¿qué problema tienes?, ni cosas así, ni ellos a mí.

Escindió dentro de sí dos mundos: el laboral en el que mantenía contacto y cercanía con sus compañeros, incluyendo a sus hijos, viéndolos en este contexto como sus aprendices; y el doméstico en el que se mantenía como figura de autoridad inalcanzable.

En Guadalupe fue delegado el trabajo de cuidado de los vínculos y las personas (Módena & Mendoza, 2001; Ravazzola, 1997; Salinas, 2007), ella fortalecía día a día sus relaciones con los hijos, los cuidaba, estaba pendiente de sus necesidades, sentía apoyo y protección de sus hijos adultos; en apariencia, madre e hijos obedecían a Mario, aunque en realidad ellos acordaban las reglas, en un clan familiar donde Guadalupe era la autoridad democrática y el padre estaba excluido:

Yo siempre he platicado mucho con mis hijos y con mis hijas, son muy buenos muchachos, nos poníamos de acuerdo... que como hacer esto que como hacer aquello... mi esposo ni se daba cuenta siempre estaba trabajando, a mí ni falta me hacía, yo con mis hijos tengo todo.

En el discurso de ella se deja entrever cómo ante el poder que había monopolizado él, se genera una resistencia y por ende una forma de ejercer un poder diferente: el de los afectos (Calveiro, 2003; Ravazzola, 1997). En esta etapa la resistencia de Guadalupe al poder de Mario empieza a manifestarse en forma menos oculta, cuenta con la complicidad de los hijos y con su soporte económico y afectivo (Módena & Mendoza, 2001).

Tercera etapa: la vejez

A medida que Mario envejece pierde los atributos principales de su poder, su salud está deteriorada, a raíz de la jubilación ya no tiene el reconocimiento laboral ni capacidad económica suficiente – en México/MX las pensiones para los jubilados son muy precarias – no tiene tampoco un lugar en la familia y sufre de aislamiento emocional. En este momento del ciclo de vida de la pareja, Guadalupe se encuentra frente al resultado del entretrejo que fue haciendo en etapas anteriores en el que, aprovechando las fisuras del poder hegemónico de Mario, como la distancia emocional que sostuvo y el rol de proveedor que asumió, fue abriendo espacios inaccesibles para su esposo (Calveiro, 2003).

Mario se reprocha no haber sido un buen jefe, para él los resultados están a la vista (4 de sus hijos con problemas severos de drogas y alcohol, incluso uno de ellos ha muerto) sintiéndose el responsable de toda la familia, en él recae toda la culpa y todas las fallas y empiezan a emerger los costos de detentar un poder hegemónico (Rivera, 1992). Como puede verse, derivado de su sistema de creencias, asume el control y se siente responsable de sus subordinados; al llegar el momento en el que las acciones de éstos han salido del curso normal, intenta imponer más reglas para controlar las conductas de su familia (Ravazzola, 1997), mismas que son boicoteadas en forma abierta por su esposa.

Guadalupe conserva el espacio que ha fortalecido a lo largo de 58 años, el doméstico, este esfuerzo se ve retribuido en la vejez, 10 de sus hijos la apoyan y cuidan de ella, a los 3 adictos los cuida y le permiten continuar con sus funciones maternas, ahora que su esposo pide cariño, ella se lo niega y se pone como barrera entre el padre y los hijos. La jerarquía se invierte, Guadalupe tiene más poder, la agresión es abierta, frontal. Ataca y desprecia a Mario por no haber sabido ser un buen padre y por haberla hecho sufrir: ya no es necesaria la resistencia oculta.

El proceso terapéutico

La terapia se centró en dos vertientes:

El Manejo del Poder en la Pareja

Como resultado del sistema de creencias de la pareja dentro del cual consideraban a Mario como el jefe y responsable de la familia, tanto Mario como Guadalupe pensaban que él era el culpable de la muerte de su hijo. Por esta razón se analizan en primer lugar, los sentimientos de culpa por la muerte del hijo, se elabora el duelo, se trabaja el perdón por el sufrimiento que se causaron y se confronta el sistema de creencias de género respecto a que el padre impone las reglas y es el único responsable de la familia. Se analiza el poder en las diferentes etapas de la vida familiar, se validan los senti-

mientos de enojo y rechazo de Guadalupe y los factores que contribuyeron a que en este momento la jerarquía se haya invertido. Se pone especial énfasis en el papel que los hijos adictos tienen para mantener este desbalance: por medio de ellos Guadalupe continúa siendo indispensable y son a la vez la evidencia del fracaso de Mario como padre.

La Vinculación con los Hijos

Es pertinente mencionar que dado que el motivo de consulta es la adicción de los hijos, se les invita a las sesiones en más de una ocasión, ante su renuencia a asistir, se redefine con la pareja el objetivo terapéutico y se centra en generar cambios en la interacción de los padres con sus hijos adictos. Se parte de la idea de que la familia es un sistema y que al cambiar las relaciones entre la pareja y de ésta con sus hijos, se modifica el sistema familiar en su conjunto.

A partir de ahí se redefinen los límites en el subsistema parental, se evidencian las órdenes emitidas por el padre y las contra-órdenes de la madre. El trauma por la muerte del hijo da pie a que se exploren otras formas de vinculación con los hijos adictos; la pareja presenta un frente común para hacer cumplir las reglas del hogar y piden apoyo de los otros hijos. Como resultado de la intervención, se generan cambios en el sistema familiar en su conjunto: los hijos cambian su postura ante la adicción.

Logros Terapéuticos

Se logra mayor equilibrio del poder, la pareja comprende que la autoridad no tiene por qué ser aplastante y que la resistencia no es necesaria en este caso, sino que por el contrario, son capaces de establecer acuerdos. Logran tener mayor cercanía emocional como pareja y Mario con sus hijos. Asimismo, se consigue el fortalecimiento del vínculo entre hermanos (adictos y no adictos). Una vez redefinidos los límites, se logra que los padres no se responsabilicen de "salvar" a los hijos de la drogadicción; lo cual impacta en estos últimos, que por su propia voluntad buscan tratamiento y se hacen responsables del mismo. Finalmente, la pareja comienza a buscar fuentes de satisfacción personal, fortalece su red familiar y social e integra a su vida cotidiana actividades personales satisfactorias y paseos conjuntos.

Conclusiones

Al ser este un estudio de caso, debe situarse en su carácter local para su comprensión, sin embargo esto no significa que no presente lógicas sociales ligadas al género y al poder en la pareja de ancianos que bien permitan comprender casos similares en otras latitudes

como las latinoamericanas, que comparten procesos históricos, sociales y económicos parecidos (H. Sáez, 2008; Salinas, 2007).

De esta forma podemos afirmar que el espacio familiar está atravesado por numerosas relaciones de poder, entre las que destacan las que existen entre padres e hijos y las que se dan en la pareja. No existen unos que tengan todo el poder y otros que carezcan de él en absoluto; por el contrario se tejen redes entre los distintos miembros de la familia, en posiciones móviles e inestables, con gran capacidad para modificarse según las diferentes circunstancias y momentos de la relación familiar. El espacio doméstico asignado culturalmente a la esposa, la coloca en un papel de subordinación frente al marido, que compensa en su papel de madre como una estrategia de resistencia. El esposo cuando se encuentra desposeído de sus fuentes de estatus en la vejez y quiere ingresar al ámbito doméstico, ya no tiene un lugar y el poder se invierte.

Justamente en el movimiento de las relaciones de poder es que este caso nos deja ver una realidad dolorosa, debido a que permite comprender a sus actores y a muchas otras parejas que se encuentren en esta etapa de la vida (Calasanti, 2004). El momento en que se encuentran, cuando el poder se invierte, deja entrever la forma en que se han construido como personas y como pareja, con roles e identidades de género tradicionales y los costos que esto puede traer. Para el caso de la mujer, hay un rencor manifiesto y abierto producto del sufrimiento acumulado, del cansancio que genera el trabajo doméstico y la crianza, no sólo por su complejidad sino por ser devaluado e invisibilizado. Para el hombre, hay desconcierto y sufrimiento al enfrentarse a un espacio que no conoce y en el que no tiene injerencia; hay un sentimiento de soledad profundo debido a que en el ámbito familiar (doméstico) se manejan códigos por él ignorados y donde además se encuentra con el rechazo de sus miembros.

Asimismo, nos deja ver como cuando las familias no se adaptan a una etapa de la vida y no aprovechan la crisis para la transformación, se generan los síntomas (Haley, 1980); en esta familia los hijos menores, aún cuando tienen entre 33 y 41 años, son tratados como adolescentes por unos padres ancianos. No es casual que sean ellos los que desarrollaran una adicción.

A lo largo de la relación de Mario y Guadalupe, el dolor ha estado presente, primero para ella, después para él. La capacidad de cambio en esta pareja, nos muestra que el análisis de las asimetrías de poder y de las trampas de género presentes en las relaciones, puede ser una herramienta que posibilite el crecimiento de las personas, en cualquier etapa de la vida, y que favorezca el establecimiento de formas más armoniosas de interacción.

Referencias

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina* (J. Jordá, Trans.). Barcelona, España: Anagrama (Original work published 1998)
- Bryan, L. A. (2001). Neither mask nor mirror: One therapist's journey to ethically integrate feminist family therapy and multiculturalism. In T. Zimmerman (Ed.), *Integrating gender and culture in family therapy training* (pp. 105-116). New York: The Haworth Press.
- Calasanti, T. (2004). Feminist gerontology and old men. *The Journals of Gerontology*, 6, 305-314.
- Calveiro, P. (2003). *Redes familiares de sumisión y resistencia*. México, DF: Universidad de la Ciudad de México.
- Carter, E., & McGoldrick, M. (1980). *The family life cycle: A framework for family therapy*. New York: Brunner Mazel.
- Eguiluz, L. (2007). *Dinámica de la familia. Un enfoque psicológico sistémico*. México, DF: Pax.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid, España: La Piqueta.
- García-Canal, M. I. (2002). *Foucault y el poder*. México, DF: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Goodrich, T., Rampage, C., Ellman, B., & Halstead, K. (1989). *Terapia familiar feminista*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Haley, J. (1980). *Terapia no convencional: las técnicas psiquiátricas de Milton H. Erickson* (Z. Valcarcel & J. Colapinto, Trans.). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lamas, M. (2001). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México, DF: Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- López, M. (2000). Transformaciones familiares y domésticas: las mujeres protagonistas de los cambios. In M. López & V. Salles (Eds.), *Familia, género y pobreza* (pp. 95-106). México, DF: Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza
- Módena, M. E., & Mendoza, Z. (2001). *Géneros y generaciones, etnografía de las relaciones entre hombres y mujeres de la Cd. de México*. México, DF: Population Council.
- Ramos, L. (2002). Reflexiones para la comprensión de la salud mental de la mujer maltratada por su pareja íntima. *La Ventana*, 16, 130-181.
- Ravazzola, M. C. (1997). *Historias infames: los maltratos en las relaciones*. México, DF: Paidós.
- Rivera, E. (1992). Poder, privilegio y penuria: reflexiones en torno a la masculinidad. *Revista Interamericana de Psicología*, 26, 1-17.
- Sáez, C. (1990). Violencia y proceso de socialización genérica: enajenación y transgresión, dos alternativas extremas para las mujeres. In V. Maquieira & C. Sánchez (Eds.), *Violencia y sociedad patriarcal* (pp. 21-54). Madrid, España: Pablo Iglesias.
- Sáez, H. (2008). *¿Cómo investigar y escribir en Ciencias Sociales*. México, DF: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Salinas, P. (2007). Los discursos masculinos como dispositivos de control y tensión en la configuración del liderazgo y empoderamiento femenino. *Estudios Feministas*, (Florianópolis), 15(3), 541-562.
- Walters, M., Carter, P., Papp, P., & Silverstein, O. (1991). *La red invisible. Pautas vinculadas al género en las relaciones familiares*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Received 15/05/2009

Accepted 01/07/2009

Noemí Díaz-Marroquín. Universidad Nacional Autónoma de México, DF.

Graciela Rodríguez-Ortega. Universidad Nacional Autónoma de México, DF.

Roberta Liliana Flores-Angeles. Universidad Nacional Autónoma de México, DF.